

DANIEL GUTIÉRREZ ARDILA. *EL RECONOCIMIENTO
DE COLOMBIA: DIPLOMACIA Y PROPAGANDA EN LA COYUNTURA
DE LAS RESTAURACIONES (1819-1831)*. BOGOTÁ: UNIVERSIDAD
EXTERNADO DE COLOMBIA, 2012, 426 pp.

Fruto de cuatro años de investigación en archivos y bibliotecas, en especial en el fondo del Ministerio de Relaciones Exteriores del Archivo General de la Nación (AGN) de Colombia, los nueve capítulos de este libro pueden ser leídos de manera independiente y en cualquier orden, pese a que todos se relacionan con las relaciones diplomáticas de la República bolivariana de Colombia con otros países: Francia, Haití, México, Centroamérica y Grecia. De entrada, se abordan las primeras legaciones diplomáticas administradas por la Secretaría de Relaciones Exteriores, despacho ejecutivo puesto por el Liber-

tador en manos de experimentados hombres de su país: José Rafael Revena y Pedro Gual. Solo con la dictadura vinieron al despacho los granadinos ajenos a la “exaltación liberal”: Estanislao Vergara, Eusebio María Canabal y Juan García de Río. En cuanto a las veinte personas que actuaron en las legaciones colombianas en el exterior, diez eran granadinos, siete venezolanos, dos mexicanos y uno español; ninguno de las provincias del sur de Colombia.

La actividad diplomática de la Colombia de la tercera década del siglo XIX se orientó al trámite de su reconocimiento por las tres grandes potencias occidentales del momento (Inglaterra, Francia y Estados Unidos), en el entendido de que ni los triunfos militares, ni la aprobación de constituciones por cuerpos representativos, eran suficientes para institucionalizar la existencia de una nueva nación en el mundo. Se requería, además, su reconocimiento en el concierto de las naciones, máxime cuando la “Madre Patria” se cernía como sombra amenazadora. Como advierte el autor, ello no era una simple formalidad, sino “un requisito fundamental” para que Colombia entrara en plena posesión de su soberanía y adquiriera personalidad legal internacional. De ahí el lamento del general Francisco de Paula Santander cuando la existencia de Colombia comenzó a disolverse por sus propias contradicciones internas: todo el trabajo diplomático de la década se había perdido para siempre.

Como los cinco capítulos de la segunda parte son la gran novedad historiográfica, limitaremos a ellos esta reseña. El tema de los primeros representantes oficiales de Colombia en Francia, seguidos de cerca por la policía parisina, ilustra bien las contradicciones de la política francesa de la Restauración respecto de los nuevos Estados americanos separados de España. La intriga y la gestión subrepticia se impuso como respuesta ante la suspicacia que despertaban los “españoles americanos”, bien ejemplificado por la misión de Ignacio Sánchez de Tejada ante la corte de Roma: dirigida a obtener la provisión de las diócesis vacantes sin que el Papa tuviera que reconocer la existencia de Colombia, los nombramientos de enero de 1827 fueron un éxito rápido en esas circunstancias, si se tiene en cuenta la imprudencia del enviado, finalmente expulsado por petición del embajador español. Las molestias para obtener pasaporte y la difícil travesía para arribar a puertos franceses son examinadas en detalle, así como las precauciones que los enviados tomaron para evitar la interceptación de su correspondencia.

La revisión de los expedientes de la policía francesa rindió sus frutos en un relato sorprendente sobre las aventuras rocambolescas de los enviados colombianos –cuyos movimientos fueron localizados en la topografía de los barrios parisinos– y sobre su conducta extravagante, que el autor no duda en calificar de “rastacuerismo”, adoptando el término del poeta Rubén Darío. Las prevenciones del jefe del gabinete francés respecto de la llegada del exilado Francisco de Paula Santander fueron identificadas en el relato en su

contexto preciso: la toma de partido por el orden que representaba el Libertador, motivo de la misión del comisario Bresson y del duque de Montebello, y contra “los complots del partido demagógico”.

La historia del desencuentro de la República de Colombia con los gobiernos revolucionarios de Haití es vista como una lejanía paradójica, dado el antecedente del apoyo que ellos dieron al Libertador en las dos expediciones que salieron de Los Cayos de Haití hacia la costa venezolana. Como durante sus diez años de existencia Colombia no estableció relaciones oficiales con el gobierno de Puerto Príncipe, el autor se preguntó por las razones de esta paradoja. Su respuesta señala hacia la conveniencia política, esto es, la necesidad de no enemistarse con Francia, la potencia de la que se había independizado con muchas violencias el pueblo haitiano. Ante esta postura, el indignado enviado que había llegado a Bogotá en 1824 –Jean Desrivères Chanlatte– reclamó, antes de abandonar Bogotá, el pago de 16 000 pesos que Juan Bernardo Elbers había tomado en pertrechos a crédito en Los Cayos, con destino a las tropas colombianas. La dilación aplicada por la diplomacia colombiana al envío de una legación oficial a Haití se prolongó hasta 1868, algo que el autor del libro considera una prueba de la razón secreta de la paradoja: el miedo a los trastornos raciales por el fantasma de la guerra a muerte que los exesclavos haitianos habían librado contra los franceses.

La comparación de los retratos que los diplomáticos Miguel Santamaría –un veracruzano que después de unirse a Bolívar en Jamaica representó al gobierno de Colombia en México– y José Anastasio Torrens, ministro de México en Colombia, elaboraron de Agustín de Iturbide y Simón Bolívar concitaron la atención del joven historiador. Por su intervención en la política local, los dos diplomáticos recibieron órdenes de salir del país en el que actuaban, si bien Santamaría pudo regresar por la rápida caída del Imperio Mexicano. Lo que los hizo comparables fue la crítica descarnada que cada uno hizo de la idealización de la gran figura pública que conoció. Este tema le sirvió de base para preguntar por la función que habían jugado “los libertadores” en las nacientes repúblicas americanas. Su respuesta, fundada en la comparación de Washington y Bonaparte por el Chateaubriand de *Memorias de ultratumba*, concluye que aunque los libertadores hispanoamericanos oscilaron entre esos dos polos terminaron siendo atraídos, irremediablemente (excepto San Martín), por el magnetismo del emperador francés que traicionó la causa de la libertad. En este sentido, las mofas al “segundo Washington” que el general Santander escuchó en el exilio europeo confirman este argumento.

Las negociaciones de la República de Colombia con las Provincias Unidas de Centroamérica es uno de los temas nuevos de este libro, pues por única vez era la primera la requerida para reconocer la existencia soberana de las segundas, una vez que se separaron del fallido imperio mexicano, y

sin que hubiesen sido reconocidas por la federación mexicana. Ni la misión de Antonio Morales Galavís en Guatemala ni la de Pedro Molina en Bogotá habían llamado la atención de la historiografía. La situación de la llegada de Molina promovió una situación inusitada para el gobierno colombiano, pues era la primera vez que se le requería un reconocimiento diplomático para una nación apenas en ciernes, y para colmo independizada de un Estado aliado. El extenso interrogatorio que le presentó el ministro Pedro Gual indica la total ignorancia oficial sobre el pasado de la capitania general de Guatemala y su evolución durante la crisis revolucionaria. El tema era interesante para el vicepresidente Santander porque existían límites fronterizos que había que fijar en el istmo americano, y ello sin ofender a México. Los pormenores de la negociación del primer tratado diplomático son expuestos en este capítulo con detalle, pues estaba en juego el destino de la costa de Mosquitos y la salvaguarda de la independencia de Guatemala. La misión recíproca de Morales en Guatemala, en defensa del honor colombiano, sin recursos financieros y en medio de las noticias de la crisis venezolana de 1826, muestran las ironías de la vida de los primeros diplomáticos, entre la digna ostentación y la real frustración de la ambición política colombiana.

Cierra el libro un tema inesperadamente inédito: el paradigma del movimiento nacional griego en el universo mental del gobierno colombiano. La coincidencia del tiempo de la independencia helena contra el dominio turco, respaldada por Inglaterra, Francia y Rusia en la batalla de Navarino, permitía las comparaciones en el contexto del nuevo "siglo de las independencias". El abate de Pradt equiparó en 1825 la causa griega con la hispanoamericana, pese a las grandes diferencias que existían, pero el mensaje filhelénico caló entre los diplomáticos colombianos, como se ejemplifica en la correspondencia de Luis López Méndez, José Rafael Revenga, Manuel José Hurtado y José Fernández Madrid. El mismo Libertador extrajo las lecciones del paradigma griego en la circunstancia de la guerra colombiana con el Perú (1829) y de su desencanto político: era preciso contar con el respaldo de las grandes potencias europeas para contar con estabilidad y orden. Algunos interpretaron esta posición como una apertura a la opción monárquica.

Esta obra es una buena muestra de la más reciente generación de historiadores colombianos, mejor formada en programas doctorales, con una imaginación ilimitada y dotada de una disciplina de archivo impresionante, pero sobre todo con una libertad de pensamiento que la generación anterior—presa de paradigmas sociológicos, seudodebates revolucionarios y beaterías—no pudo exhibir con desenfado.

Armando Martínez Garnica
Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador
Universidad Industrial de Santander (UIS)